

Estados Unidos Miradas críticas desde Nuestra América

#12
Diciembre 2024

**Elecciones
presidenciales en EEUU:
el regreso de Donald
Trump**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

João Estevam dos Santos Filho
Arantxa Tirado Sánchez
Jorge Hernández Martínez
Maira E. Relova Chacón
Alejandro Canales
Leandro Morgenfeld

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Estudios sobre
Estados Unidos**



CLACSO



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Estados Unidos : miradas críticas desde Nuestra América no.12 : elecciones presidenciales en EEUU : el regreso de Donald Trump / Arantxa Tirado Sánchez ... [et al.]; coordinación general de João Estevam dos Santos Filho ; Arantxa Tirado Sánchez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-951-7

1. Elecciones Presidenciales. 2. Geopolítica. I. Tirado Sánchez, Arantxa II. Santos Filho, João Estevam dos, coord. III. Tirado Sánchez, Arantxa, coord.

CDD 320

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadores del Grupo de Trabajo

Loreta Tellería Escobar

Comunidad de Estudios JAINA

Bolivia

loretatelleria@yahoo.es

Mariana Aparicio Ramírez

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Universidad Nacional Autónoma de

México

México

aparicio.mariana@politicas.unam.mx

Leandro Ariel Morgenfeld

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Argentina

leandromorgenfeld@hotmail.com

Coordinación del Boletín

João Estevam dos Santos Filho

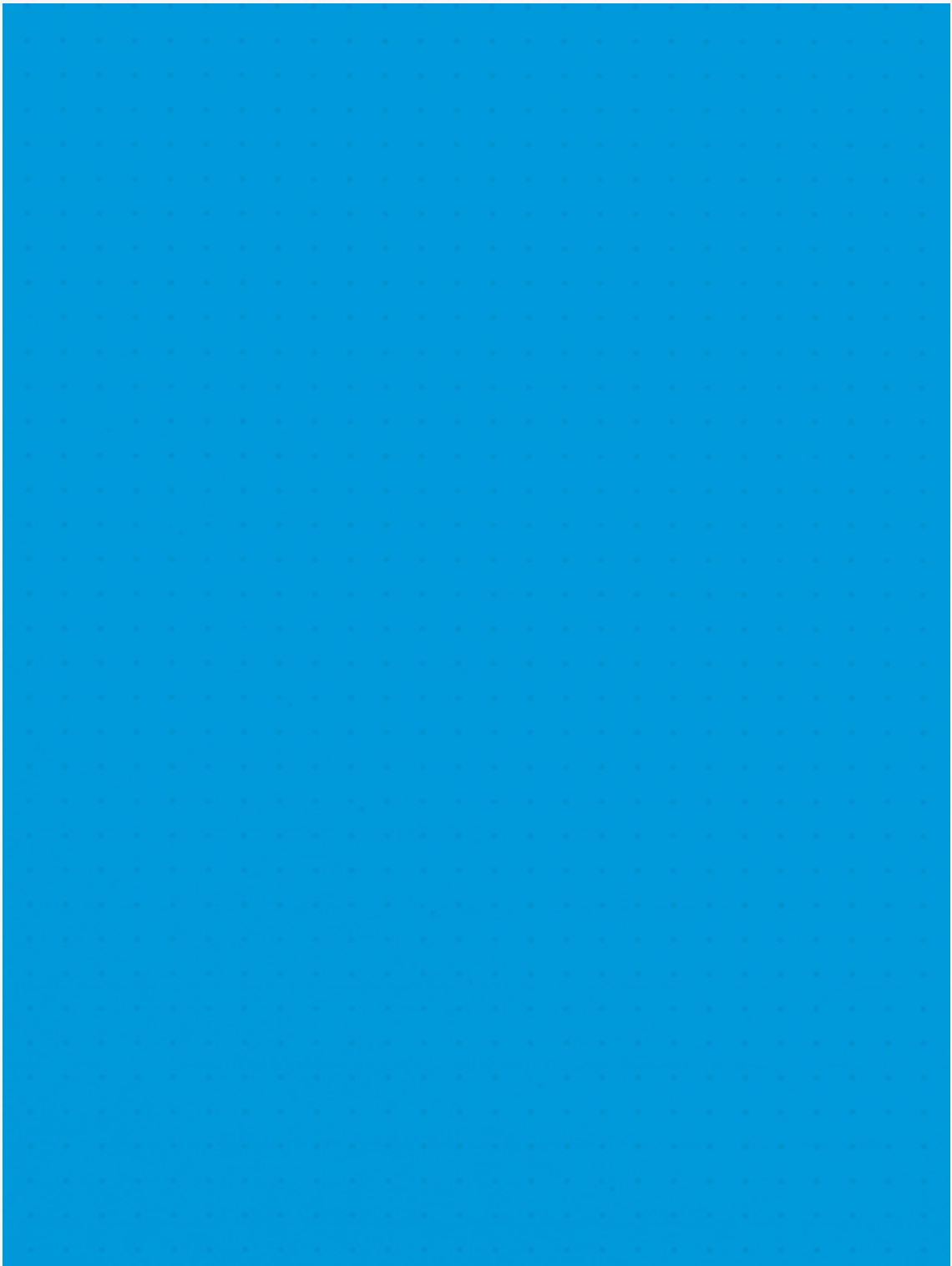
Arantxa Tirado Sánchez





Contenido

- 5** **Presentación**
Arantxa Tirado Sánchez
João Estevam dos Santos Filho
 - 10** **La transición ideológica**
De la reelección de Reagan al
regreso de Trump
Jorge Hernández Martínez
 - 17** **El voto hispano en las
elecciones presidenciales
estadounidenses 2024**
C. Maira E. Relova Chacón
 - 23** **Las elecciones presidenciales
en Estados Unidos**
Entre mitos y datos
Alejandro Canales
 - 32** **Política exterior y geopolítica
en la nueva administración
Trump**
Arantxa Tirado
 - 39** **Trump, Rubio, Milei y la vuelta
de la Doctrina Monroe contra
Nuestra América**
Leandro Morgenfeld
- 





Presentación

Arantxa Tirado Sánchez*

João Estevam dos Santos Filho**

En el orden internacional posguerra fría, el sistema político estadounidense llegó a un acuerdo entre sus élites gubernamentales alrededor de la manutención de un régimen democrático limitado, basado en políticas neoliberales y en la estabilización de la economía. A su vez, en términos de política exterior, las sucesivas administraciones lograron construir cierto consenso en el seno de la sociedad civil estadounidense para apoyar la expansión de la influencia de Estados Unidos por todo el globo, con la finalidad de aumentar la cantidad de regímenes caracterizados por el binomio “democracia liberal/economía de mercado”. De esa manera, el escenario político estadounidense pasó por aproximadamente tres décadas de estabilidad política.

En los últimos años de la década pasada, la situación doméstica en Estados Unidos sufrió importantes cambios. En primer lugar, la extrema derecha logró aumentar su presencia en la sociedad civil, incluso mediante la organización política, como demuestra el crecimiento de grupos paramilitares extremistas en el país. Entre sus principales características, es posible mencionar las ideas neo tradicionalistas de los roles de raza, género y clase; el negacionismo científico y el conspiracionismo ideológico,

* Coordinadora del presente boletín. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos. Profesora asociada de la *Universitat Autònoma de Barcelona* (UAB).

** Coordinador del presente boletín. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos. Profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Anhembi Morumbi. Investigador en el *Instituto Nacional de Ciência e Tecnologia para Estudos sobre Estados Unidos* (INCT-INEU).

como el “QAnon” y la tesis de la amenaza del “marxismo cultural”; por último, la violencia política, como demuestra el asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021 por manifestantes ultraderechistas en contra la asunción presidencial de Joe Biden.

Otro marco importante del escenario político interno estadounidense es la creciente representación política de esa extrema derecha en las principales instituciones gubernamentales, comenzando por la presidencia de Donald Trump (2017-2021). De esa forma, ha sido visto un avance del “trumpismo” en el Partido Republicano, como indicó su victoria en las primarias de 2024 y la conversión de viejos y nuevos cuadros partidistas a esa nueva ideología política. En términos institucionales, también es posible ver un creciente conservadurismo en la Suprema Corte de Justicia, que ha tomado medidas legales para revertir los avances de minorías sociales, como las mujeres y la población LGBTQIA+.

Este avance de la extrema derecha en lo institucional refleja el reforzamiento de una corriente ideológica conservadora cada vez más extrema, lo que provoca un aumento en los conflictos sociales en el interior de la sociedad estadounidense, también por el choque entre posicionamientos antagónicos. A la desigualdad económica, caldo de cultivo de muchas de estas tensiones, se suman otros elementos. El incesante asesinato de personas negras ha provocado la movilización de la lucha antirracista, como lo demostró el movimiento *Black Lives Matter* y las protestas organizadas por sus simpatizantes. También los grupos feministas han buscado luchar contra las decisiones institucionales, como la de la Suprema Corte de Justicia, que limitaban sus derechos reproductivos. Asimismo, las menciones a la inmigración se han convertido en pauta significativa en los discursos de los candidatos presidenciales y otros liderazgos de los dos partidos.

Ha sido en este contexto político y social en el que Estados Unidos ha celebrado sus últimas elecciones presidenciales el pasado mes de noviembre de 2024. A esta realidad interna hay que añadir algunos elementos de

fondo que afectan el papel de ese país en el mundo, como es el paulatino declive de la hegemonía estadounidense en el sistema internacional, la acrecentada conflictividad bélica a escala mundial, la crisis del orden internacional basado en normas y la competencia estratégica con China. Algunos de ellos han estado en el centro la campaña electoral como, por ejemplo, la ayuda que la administración Biden está presentando a las fuerzas ucranianas en su guerra contra la Federación de Rusia o el respaldo irrestricto al genocidio de Israel en Gaza, que parece haber tenido un peso considerable en el voto republicano entre las comunidades de origen árabe o musulmán. De igual manera que la aproximación hacia América Latina y el Caribe lo ha podido tener entre algunos sectores de las comunidades migrantes latinoamericano-caribeñas con derecho a voto.

El presente boletín pretende desentrañar algunos de estos temas de la agenda política, interna y externa, que han determinado la contienda dando lugar a unos contundentes resultados electorales que han propiciado una victoria aplastante de Donald Trump quien, a partir de enero de 2025, controlará todos los resortes de poder de la todavía potencia hegemónica. De igual manera, los primeros nombramientos de Trump para su futura administración han permitido incluir algunos análisis prospectivos sobre el rumbo que adoptará este segundo gobierno de un Trump que aparece, a todas luces, recargado de poder y dispuesto a llevar adelante una agenda doméstica y exterior todavía más agresiva, sobre todo hacia América Latina y el Caribe.

Por ello, el boletín presenta una variedad de análisis que van más allá de la mirada coyuntural del análisis de los resultados electorales, sin desestimar su importancia. Se apunta a los aspectos estructurales, conectados con la economía y la política estadounidense, con el papel imperial de Estados Unidos y con los elementos de continuidad histórica que se alternan en administraciones de aparente signo contrario. Todo lo anterior sin perder de vista que Donald Trump no es un accidente histórico ni una anomalía del poder estadounidense sino un síntoma de la crisis

múltiple en la que se encuentra Estados Unidos, tanto al interno de sus fronteras como en la proyección de su poder hegemónico. Y que su reelección no puede desligarse de la oleada reaccionaria que asola el planeta y que él mismo ayudó a reforzar durante su primer mandato. Con el regreso de Trump a la presidencia de Estados Unidos se prevé que las fuerzas de extrema derecha, gobernantes o no, se fortalezcan ideológica e institucionalmente.

El boletín inicia con un artículo de Jorge Hernández quien realiza un ejercicio de “apelación a la historia y la memoria” invitando a establecer paralelismos entre la contundente victoria de Ronald Reagan en 1986 y la actual de Donald Trump. Según el autor, así como Reagan marcó una nueva era en el liderazgo del conservadurismo en Estados Unidos, con impactos globales, lo mismo puede esperarse de este segundo mandato de Trump. Ambos son, a decir de Hernández, producto de sendas coyunturas de crisis que afectan a la sociedad estadounidense y que cristalizan en los respectivos liderazgos. Trump sería, además, el exponente de un hilo de continuidad de la constante reconfiguración del campo conservador estadounidense, que ahora adopta características mucho más extremistas, en un contexto de crisis de la corriente liberal representada por el Partido Demócrata.

Maira Relova y Alejandro Canales nos aproximan al peso de las comunidades latinas en el triunfo de Donald Trump. En el primer caso, la autora desarrolla un análisis más preciso de los perfiles presentes en ese grupo étnico y su relación con el apoyo o rechazo a la candidatura trumpista, demostrando que se trata de un grupo muy heterogéneo para que se puedan establecer generalizaciones. A su vez, Canales analiza estadísticamente las variaciones de los votos de diferentes grupos, incluyendo diferentes grupos étnicos y perfiles sociales, tanto en el Partido Demócrata, como en el Republicano, a fin de desmentir algunos mitos y preconcepciones sobre las elecciones estadounidenses.

Arantxa Tirado, por su parte, se centra en cómo la agenda de política exterior, la visión geopolítica estadounidense e, incluso, el orden internacional liberal, pueden ser afectados en la próxima administración Trump. A pesar de las líneas de continuidad estratégica presentes en los distintos gobiernos de Estados Unidos sobre su visión geopolítica del mundo y la importancia de continuidad de su papel como *hegemón* mundial, Tirado apunta a las diferencias tácticas y de prioridades de las distintas aproximaciones en el diseño de la política exterior. La confirmación de Marco Rubio como secretario de Estado será determinante, en este sentido, para establecer unas líneas de actuación que se prevén como retorno a la “máxima presión” hacia los gobiernos contrahegemónicos en la región latinoamericano-caribeña y en el resto del mundo.

Por último, y siguiendo con esta línea de análisis geopolítico, Leandro Morgenfeld realiza una prospectiva de lo que serán las relaciones entre la futura administración Trump y la región de América Latina y el Caribe, en lo que califica de un regreso a la Doctrina Monroe. La existencia de presidencias como la de Javier Milei, en Argentina, funcionales para la estrategia de la política exterior de Donald Trump y su próximo secretario de Estado, Marco Rubio, hace prever, una erosión del multilateralismo, de la concertación política entre los países latinoamericano-caribeños y de la búsqueda de alianzas extrarregionales con las nuevas potencias contrahegemónicas emergentes.

Esperamos que el boletín aporte elementos para la comprensión de una coyuntura que hunde sus raíces en los problemas estructurales no resueltos de la sociedad estadounidense y de su modo de producción capitalista que está llevando a la humanidad a la barbarie, en una ofensiva que ataca la propia supervivencia de la especie humana. Observar el papel de la principal potencia mundial en esta encrucijada civilizatoria es tanto más importante cuanto de sus acciones depende buena parte del destino del planeta.



La transición ideológica

De la reelección de Reagan al regreso de Trump

Jorge Hernández Martínez*

Los resultados de las elecciones presidenciales de 2024 en Estados Unidos confirmaron la tendencia que se ha venido registrando, con altibajos o intermitencias, durante los últimos cuarenta años, expresivas de una reconfiguración ideológica, apreciable tanto en el pensamiento social como en la dinámica partidista y la opinión pública. En la sociedad norteamericana tiene lugar una transición inconclusa -como consecuencia de los efectos acumulados a partir de la llamada Revolución Conservadora gestada con la doble administración de Ronald Reagan y la de George H. Bush en el decenio de 1980, unas veces sumergidos o latentes y otras, apareciendo de modo manifiesto o visibles-, que se resume en el agotamiento creciente de la tradición política liberal y en el auge de la espiral conservadora y de extremismo de derecha radical, con ribetes fascistas, que se profundiza en el siglo actual durante los dos gobiernos de George W. Bush y el de Donald Trump.

La coyuntura de 2024 estuvo marcada por la turbulencia de una crisis de legitimidad muy visible desde los no menos perturbadores comicios de 2020. Entonces, la escandalosa reacción del candidato perdedor, al no aceptar la decisión del Colegio Electoral, llamar al desacato y a la violencia, junto a la materialización de tal exhortación en el asalto al Capitolio, mostró los límites del sistema político bipartidista y quebró el mito

* Investigador cubano. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos.

de la democracia estadounidense. Dicha crisis estaba prefigurada desde hacía más de veinte años, cuando en las elecciones de 2000, las últimas del siglo XX, luego del prolongado, irregular y fraudulento proceso, el mencionado Colegio no pudo determinar cuál de los aspirantes resultó triunfador, correspondiendo excepcionalmente a la Corte Suprema designar al presidente. Con ello se evidenció lo frágil y disfuncional del mecanismo establecido, quedando fijada la crisis de credibilidad y confianza en la sociedad y en el imaginario de la nación, cuyos antecedentes se remontan al escándalo Watergate, en la década de 1970, pero cuya resaca cristaliza en la siguiente. El punto de inflexión histórica se ubica de modo más preciso, sin embargo, en la secuencia de transformaciones que transcurre entre las elecciones de 1980 y 1984, en las que se define la transición ideológica aludida, perfilándose y palpándose con nuevos y muy preocupantes rasgos. Hoy se asiste a la cosecha de una siembra de hace cuarenta años.

A lo largo de los seis comicios efectuados en el presente siglo (2004, 2008, 2012, 2016, 2020 y 2024), la referida tendencia ha mantenido su presencia, dejando ver los límites y contradicciones de la ideología política liberal que en buena medida definió al Partido Demócrata y el alcance de concepciones y prácticas que incluso trascienden los marcos del conservadurismo convencional, asociado, aunque no restringido, al Partido Republicano, y asumen connotaciones de un radicalismo de extrema derecha, con manifestaciones emparentadas con el fascismo, basadas en discursos racistas, nativistas, xenofóbicos, que apelan al odio, la violencia, la misoginia, la homofobia, el nacionalismo chauvinista y el exclusivismo religioso evangélico. Ese proceso ideológico, y el contexto en que tiene lugar, guarda cierto parentesco con otro, desplegado hace cuatro decenios, y cuyo examen mantiene vigencia y utilidad. De ahí que quizás resulta sugerente, como recurso analítico, acudir a la memoria y la historia, en el empeño interpretativo dirigido a visualizar la significación de las tendencias que afloran con las elecciones de 2024, mirando a las circunstancias que rodearon la reelección de Reagan en 1984. Justamente, hace cuarenta años.

Aunque la atención se concentra ahora mismo en los resultados de los recientes comicios viene al caso recordar algo que contribuye a mirar de conjunto a Estados Unidos, recordando un pasaje de su historia que muestra el arraigo del pensamiento conservador y la simpatía que ha acompañado a la imagen de liderazgos presidenciales considerados fuertes, de afiliación partidista similar a la de Trump, que garanticen la preeminencia mundial del país, alimentando mitos y simbologías, como las del Destino Manifiesto y la Ciudad en la Colina.

En ese sentido, es oportuno tener presente un hecho trascendente en la vida política estadounidense: el martes 6 de noviembre de 1984 (es decir, 40 años atrás) tuvo lugar la reelección de Ronald Reagan, quién arrasó al ganar las elecciones en 49 de los 50 estados del país, pasando a la historia, hasta hoy, como el presidente más popular de Estados Unidos. Se registra por muchos análisis realizados desde las ciencias políticas y el periodismo bien informado, que obtuvo, como presidente reelegido, los mejores resultados electorales desde 1936, y que, desde entonces, eso no ha sido superado. De cualquier manera, los resultados conducentes a la nueva victoria de Reagan, estremecieron la cultura política norteamericana. Los datos arrojan que aquél 6 de noviembre de 1984 asistieron a las urnas 101 millones, 878 mil y 151 votantes, obteniendo Reagan 525 votos electorales, de la totalidad posible de 538 y de los 270 necesarios; y 54 millones 455 mil 472 votos populares. Con ello logró una victoria aplastante sobre su contrincante demócrata, Walter Mondale, quién ganó solo su estado natal de Minnesota y el Distrito de Columbia, recibiendo apenas 13 votos electorales y el respaldo de 37 millones 577 mil 352 votantes.

Tales cifras ilustran la significación del proceso aludido. Los estudios especializados afirman que Reagan ganó mayor cantidad de votos que cualquier otro candidato presidencial en la historia de Estados Unidos. En términos de votos electorales, esa fue la segunda elección presidencial más desigual en la historia moderna de Estados Unidos, desde la victoria del candidato demócrata Franklin D. Roosevelt sobre el republicano Alf

Landon, en 1936, e igualando la victoria republicana de Richard Nixon sobre la figura demócrata de George McGovern en 1972.

La importancia de esta apelación a la historia y la memoria toma en cuenta la significación de Reagan como exponente de la resonancia que alcanzó el amplio movimiento conservador en Estados Unidos en el decenio de 1980, lo cual se explica a partir de las crisis múltiples que se conjugaron en la década precedente. Sus efectos conformarían un entramado que posibilitó -como reacción ante los problemas que se acumularon en el país, así como frente a la imagen de debilidad del gobierno demócrata de James Carter y de la opción ideológica liberal que representaba-, el florecimiento de propuestas conservadoras de diverso signo, articuladas en una coherente coalición, que halló en Reagan el liderazgo que se necesitaba.

Es esa la circunstancia en la que arriba a la Casa Blanca, al presentarse como el salvador de la nación. Desde su primer período de gobierno, utilizó la consigna *America First* o “Estados Unidos primero”, popularizada por Trump mucho más tarde, atribuyéndosele su paternidad, que en realidad se originó en los años de 1920, manipulada incluso por el Ku-Klux-Klan, y refiriéndose además a lo imperioso de *Make America Great Again*, es decir, de recuperar la grandeza de la nación, lo cual distinguiría también a Trump, como su otra frase preferida. De ahí que la referencia a Reagan y a la “Revolución Conservadora” que impulsó, calificada por algunos como “la era de Reagan”, contribuya a entender mejor la dinámica con la que Trump dio lugar al “trumpismo” o a la llamada “era Trump”, ofreciendo alternativas neoliberales, proponiendo la reducción del Estado, favoreciendo procesos de privatización, priorizando las “fuerzas ciegas” del libre mercado y una competencia feroz, apostando a la supremacía blanca y a la superación de la crisis de hegemonía de Estados Unidos, disputada hace 40 años con la Unión Soviética y el campo socialista, y hoy con China y Rusia.

La reelección de Reagan representó la consolidación de la política de fuerza que venía desplegando desde que resultó triunfador en los comicios de 1980 y tomó posesión en enero de 1981, quebrando la línea que caracterizó la presidencia de Carter, visualizada como débil y fracasada, dentro y fuera de Estados Unidos, tanto al nivel de la opinión pública como de no pocos gobiernos de otros países, argumentándose su torpe manejo de la situación económica, sus tropiezos en la esfera internacional y la inconsecuencia de sus proyecciones ideológicas.

Habría que destacar que el período en que le tocó gobernar a Carter, desde 1977 hasta 1980, el entorno mundial era sumamente complicado. Se había desatado la crisis más profunda desde la “Gran Depresión”, en los años de 1930, con graves implicaciones para la sociedad norteamericana, apareciendo un fenómeno económico novedoso, que combinaba por primera vez una coyuntura inflacionaria con el estancamiento productivo, a lo cual se le llamó “estanflación”. La derrota de Estados Unidos en Vietnam, por otro lado, tuvo un gran impacto psicológico e ideológico en la población, conllevando la perfilación de lo que se conoció como “Síndrome de Vietnam”, lo que extendió a escala nacional una sensación de frustración, pesimismo y desencanto, ante la constatación de que la poderosa nación norteamericana se había debilitado en el terreno militar, perdiendo prestigio ante el mundo. El “escándalo Watergate” removió las bases del sistema político de Estados Unidos, propiciando una crisis de credibilidad que se enlazaría con los reveses en el ejercicio de la política exterior. Entre éstos, la victoria de la Revolución Sandinista en Nicaragua y los procesos descolonizadores en África, afectaron también al imaginario de la sociedad estadounidense, configurando todo ello el cuadro de crisis general ante el cual aparece la opción conservadora como una salida. Ahí están los antecedentes de la inflexión ideológica que se advierte y afirma progresivamente, no de modo lineal, sino entre paréntesis que se colocan en periodos como, por ejemplo, los de los gobiernos demócratas de Clinton y Obama.

De manera que, en resumen, y con el riesgo de la reiteración, es en el fértil terreno de finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente donde aflora un proceso que (como rechazo de lo que se consideraba como excesos de las concepciones y políticas liberales, y portador de propuestas que restablecerían el orden tradicional y superarían las debilidades de los gobiernos demócratas que las habían auspiciado), reactiva las tendencias y organizaciones de derecha. El movimiento resultante es el que apoya la nominación de Ronald Reagan en las elecciones de 1980, e impulsa en esa década la “Revolución Conservadora”, en un esfuerzo por devolverle a la nación la autoestima, por recuperar la imagen de Estados Unidos ante el mundo y reparar las grietas en su sistema de dominación. La continuidad de este proceso se evidencia -más allá del intermedio histórico que coloca la repetida administración Clinton-, en el resurgimiento de la opción conservadora, con el doble período de gobierno de George W. Bush, y en una reedición no idéntica, pero con similar endurecimiento, con Trump, cuya presencia en la vida política y en la cultura norteamericana no abandona la escena con su salida de la presidencia en 2020.

El regreso de Trump a la presidencia de Estados Unidos, a pesar de los profundos cuestionamientos políticos, morales y legales de los que es objeto, refleja un nuevo punto de inflexión en el proceso descrito, de reconfiguración de la fisonomía ideológica norteamericana, en la que se desdibujan cada vez más las representaciones y valores que fijó la tradición liberal desde los tiempos fundacionales de la nación, en torno a asuntos como democracia, libertad, derechos humanos. El Partido Demócrata, como lo que ha sido su caja de resonancia destacada, no consigue sobrepasar desconciertos y crisis de liderazgo, incapaz de recuperar acción unitaria, imagen de fortaleza ni la suficiente capacidad de convocatoria nacional. La corriente liberal no consigue hoy la credibilidad de antaño en la sociedad civil, contagiando a movimientos sociales como los de las llamadas minorías o en defensa de causas como la pacifista, feminista o ecologista. El “trumpismo” ha capturado ideológicamente a buena parte

del pensamiento social, la cultura política, el imaginario popular y los medios de comunicación.

Las reflexiones que sostienen, a manera de hipótesis, la interpretación expuesta, requieren, desde luego, de constatación empírica, mediante resultados de indagaciones, ya en curso, que se plasmen en ulteriores trabajos.



El voto hispano en las elecciones presidenciales estadounidenses 2024

C. Maira E. Relova Chacón*

En los primeros meses del año 2024 abordé el tema y constaté que el apoyo tradicional de los hispanos al Partido Demócrata en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, había disminuido con relación a años anteriores, aun siendo superior al Partido Republicano. Había cierta falta de entusiasmo en ese electorado joven con una edad media de 39 años que caracteriza a los votantes hispanos y que mayormente tienen un pensamiento liberal. En ese entonces el presidente Biden encabezaba la candidatura de ese partido no con muy buena popularidad por muchos factores que no inspiraban a ese electorado ni al resto de los votantes jóvenes en EE.UU. Entre esas limitantes estaban su avanzada edad, sus dificultades en la oratoria y mal desempeño en los debates y su ferviente apoyo al gobierno de Israel en el genocidio en Gaza, su inclinación centrista o de político tradicional rechazada por los jóvenes, que no promovía una agenda más reformista junto a su poco carisma.

Una vez que Biden cede su candidatura a la vicepresidenta Kamala Harris ha habido una transformación sustancial en la aceptación de los votantes hispanos, que han recibido un golpe de esperanza e identificación con la frescura y las promesas de solución a muchos de los problemas que preocupan a los hispanos por parte de la nueva candidata presidencial, que

* Investigadora académica del Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI) de La Habana, Cuba.

se traduce en algo nuevo, en un cambio. De género mujer, que se acerca más a las clases trabajadoras por su raíces y desempeño en la vida y sobre todo el reverso de Donald Trump. Así las cifras han comenzado a variar y entre diversas fuentes, la organización Voto Latino, que impulsa el voto entre los hispanos ha notado un aumento del 200% al registro de nuevos electores hispanos desde la candidatura de Kamala. Se trata del voto compromisario que establece alcanzar 270 votos electorales para lograr la presidencia.

El análisis para sustentar la importancia y significación del voto hispano en estas elecciones puede tener en cuenta varios elementos:

Desde las elecciones de 2020 hay un aumento de 1,4 millones de hispanos para votar que representa un 14,7% del electorado según informe del *Pew Research Institute*, cifra nada despreciable y que hay que tener en cuenta. Comparando con períodos electorales anteriores, el comportamiento del voto hispano ha ido en aumento desde 6 millones en 1994 a 36 millones en la actualidad de los 65,2 millones de hispanos que hay en Estados Unidos. Dentro de esos votantes las mujeres están encabezando las encuestas apoyando a la nueva candidata que representa la defensa de los derechos reproductivos, tema muy debatido en estas elecciones y que favorece al Partido Demócrata según su tratamiento.

Según Matt Barreto, politólogo y profesor de Ciencias Políticas de UCLA, proporcionalmente al voto nacional, el hispano aumentó en un 30% y el electorado nacional un 15%, tendencia que se espera ocurra para estas elecciones debido a su crecimiento demográfico, las consecuencias de la Inmigración y el arribo de mayor cantidad de hispanos a los 18 años.

Los temas que a los hispanos más interesan, entre ellos la economía, atención médica, crimen violento, política de armas, empleo, inflación, migración, entre otros, según *Pew Research Institute* tienen una diferencia de dos dígitos favorables a Kamala Harris, excepto en cuanto a la economía, que votan por un 50% para ambos candidatos.

En los momentos en que se escribe el artículo, según encuesta del *New York Times*, Kamala tenía el apoyo de 56% de los hispanos frente a 37% a Trump que mayormente es de hombres y principalmente defienden la postura del candidato republicano frente a la economía, a pesar de que no favorece al inmigrante, a quien desprecia y discrimina descarnadamente. El éxito empresarial que le atribuyen a Trump no debería superar su racismo y xenofobia, ni la asimilación y apoyo a un criminal convicto.

La mayor concentración de hispanos está en algunos de los estados de mayor cantidad de votos electorales: California (55), Texas (38); New York (29); Florida (29); Illinois (20) y Pensilvania (19). De estos, California y New York se inclinan al Partido Demócrata; Pensilvania por estrecho margen lo ganó Biden en 2020 y es uno de los estados pendulares más decisivos para estas elecciones, sobre todo por los votos compromisarios, y la cantidad de hispanos radicados allí. Texas está dudoso porque en los últimos tiempos se ha inclinado al Partido Republicano.

Florida lo vemos aparte, por la alta concentración de cubanos que ejercen un voto más ideológico por la politización de la emigración cubana, por su participación en la política y la herencia del llamado exilio tradicional que ejerce su influencia y presiones en concordancia con la agenda republicana. El condado Miami Dade, el mayor de Florida, que concentra la mayor parte de los cubanos que representan un 3,7% del estado, pareciera que en esta elección votarán en un alto porcentaje por el Partido Republicano, lo que muestra la reciente encuesta de FIU del profesor Guillermo Grenier (Grenier y Lai, 2024) y es que la maquinaria política de los cubanos en contra de Cuba secuestra a los cubanos en ese batallar que en si no tiene que ver con las elecciones propiamente. De la misma forma sucede con la inclinación y presencia de venezolanos anti-chavistas hacia el Partido Republicano que manifiestan de esa forma su voto de castigo hacia Venezuela.

No obstante, hay mayores porcentos de hispanos en la Florida entre sudamericanos, centroamericanos, portorriqueños, mejicanos y

dominicanos que hacen el voto impredecible, aun cuando los mexicanos y portorriqueños conforman bloques importantes con diferencias significativas en sus preferencias políticas. Históricamente los portorriqueños han sido demócratas y con el recién tratamiento peyorativo promovido por el partido republicano y que tradicionalmente ha expresado su candidato Donald Trump, es de esperar que se inclinen al Demócrata. Hay otros condados en la Florida donde el Partido Demócrata continúa siendo dominante, como Hillsborough, Orange y Osceola, pero aún el posicionamiento republicano en el área urbana de Miami neutraliza esos votos.

La votación de los cubanos en otros estados no resulta significativa debido a que su mayor concentración está en la Florida aun cuando están formando nuevos asentamientos como en Kentucky y en Texas, pero no llegan a ser sustanciales a los efectos del voto electoral compromisario, comparado con otras nacionalidades.

Particularizando en los estados pendulares que deben definir la elección hay un 25% de hispanos en Arizona y un 20% en Nevada los cuales Biden los ganó en el 2020, aunque en Arizona el margen fue muy estrecho lo que pone en duda la tendencia actual; en Georgia y Carolina del Norte representan entre el 5 y 6 por ciento de los votantes, aproximadamente similar en Wisconsin y Michigan. En 2020 le dio a Biden un margen que le otorgó el triunfo al menos en cuatro estados bisagras: Arizona, Wisconsin, Pensilvania y Nevada. En ese sentido el profesor de la Universidad de Carolina del Sur, David Darmofal declaró a la AFP que los estados de Nevada, Arizona, Wisconsin y Georgia desempeñarían un papel importante en las elecciones 2024 y en especial determinados condados en esos estados que podrían acaparar la atención. Es una elección cerrada y reñida en la que los hispanos en estos estados pueden marcar la diferencia.

En el caso de Michigan que tiene una población latina entre el 4% y 5%, que se traduce en 250 000 votantes, si sólo votara un 60% serían entre 100 y 150 mil, resultando significativo y pudiera ser definitorio. A esto se

suma que en este estado hay un alto por ciento de afrodescendientes y de portorriqueños que pueden fortalecer el voto hacia el Partido Demócrata.

Los márgenes ocurridos en 2020 no deben comportarse en 2024 de la misma forma, pues las últimas encuestas indican que a pesar de que los hispanos seguirán apoyando a los demócratas, lo harían con ventajas más reducidas. Según la “Encuesta anual de opinión pública hispana” respaldada por FIU, los hispanos han disminuido el apoyo al Partido Demócrata e incluso algunos optan por no afiliarse a ningún partido lo que tendría mayor impacto en los demócratas. Una encuesta de Gallup de 2021 arrojó que el 52% de los hispanos se identificaron como independientes.

Lo anterior ya ha tenido una variación como se señaló al inicio, después que se incorporó a la campaña la candidata Kamala Harris que en cierta medida puede haber desatado mayor nivel de credibilidad en el Partido en búsqueda de algo diferente. A pesar de ello, Trump tiene una ventaja con relación al 2016 y 2020 en que tuvo un apoyo hispano de 28% y 36% respectivamente; en la actualidad está mostrando un 37%, aun cuando los demócratas siguen siendo propensos a concentrar el voto hispano.

El electorado hispano es diverso, no es monolítico y el éxito ha estado precisamente en discernir entre la diversidad que tienen, sus orígenes, países de procedencia, género, edad, educación y lugares de residencia. Más que inclinarse a un partido u otro, los hispanos van a la solución de sus intereses que son disímiles y requiere un trabajo personalizado de los candidatos. En función de incrementar el voto hispano hay más de una decena de organizaciones civiles que trabajan incesantemente por la movilización del votante hispano, sobre todo para lograr que se empadronen, vencer la desinformación e instruirlos en cómo registrarse para votar, que es una de las limitantes que tienen; de la misma forma, estimularlos para ejercer el voto, porque uno de los aspectos que los caracteriza es el abstencionismo que se ha ido superando atendiendo al aumento que se aprecia en las votaciones de las diferentes campañas presidenciales y de medio término.

En una perspectiva sociológica, el voto hispano hay que asociarlo a la generación a la que pertenece cada cual y la imbricación en la sociedad estadounidense, a su interacción con el contexto social. Ya hay un buen porcentaje de hispanos que arribaron a los 18 años que no son naturalizados, que nacieron en Estados Unidos, son estadounidenses, no son migrantes y su prisma para ver las cosas es diferente al igual que la sociedad los ve a ellos. Quizás su inclinación sea hacia el progreso, la civilización y hacia una mejor convivencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arredondo, Alejandra y Agobian Jorge (2020), “Los hispanos en las elecciones de Estados Unidos. ¿Cuántos son, dónde están y cómo votan?”, *Voz de América*, 27 de octubre, https://www.vozdeamerica.com/a/eeuu-vota_latinos-elecciones-eeuu-cuantos-son-donde-estan-como-votan/6068798.html

“El voto latino ante las elecciones presidenciales de Estados Unidos”, *El País*, 9 de octubre 2024, <https://elpais.com/us/2024-10-09/el-voto-latino-ante-las-elecciones-presidenciales-de-estados-unidos.html>

Grenier, Guillermo J. y Qing Lai (2024), *The 2024 FIU Cuba Poll. How Cuban Americans in South Florida view U.S. policies towards Cuba, critical national issues and the upcoming elections*, <https://cri.fiu.edu/research/fiu-cuba-poll/the-2024-fiu-cuba-poll-report-final.pdf>

Relova, Maira, Dra. C. (2024), *Apuntes sobre el voto latino para las elecciones presidenciales estadounidenses 2024*, 17 de enero, <https://www.cipi.cu/apuntes-sobre-el-voto-latino-para-las-elecciones-presidenciales-estadounidenses-2024/>





Las elecciones presidenciales en Estados Unidos

Entre mitos y datos

Alejandro Canales*

Introducción

Desde el mismo día de las elecciones en Estados Unidos, se han presentado diversas teorías para explicar su resultado. Se señala, por ejemplo, que los republicanos obtuvieron una victoria mucho más fácil que la que vaticinaban casi todas las encuestas previas (Rico, 2024). Para algunos, ello se debería a que “las minorías dieron la espalda a los demócratas” (Carpio, 2024), especialmente por el “gran giro de los latinos hacia Trump” (Herrerías, 2024). Otros, como Raúl Hinojosa (Benavides, 2024), son más cautos, y señalan que, a pesar del influjo que Trump causó en algunos segmentos de la población de origen latino, no habría evidencias que se hubiera producido “un giro ideológico entre los miembros de esa población”, manteniendo su respaldo a diversas medidas liberales impulsadas por los demócratas. Por su parte, Bernie Sanders invierte el argumento. Según él, “no debería ser una gran sorpresa que un partido demócrata que ha abandonado a la gente de la clase trabajadora descubra que la clase trabajadora le ha abandonado” (Clarín, 2024).

* Universidad de Guadalajara. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO de Estudios sobre Estados Unidos.

Desde nuestra perspectiva, creemos que la cuestión, como siempre, es más compleja que lo que puede expresar un par de datos. Por de pronto, para entender lo que pasó en estas elecciones, es necesario partir por saber qué pasó realmente en estas elecciones. Esto es lo que nos proponemos en este texto, a partir de un análisis de demografía electoral de los resultados electorales.

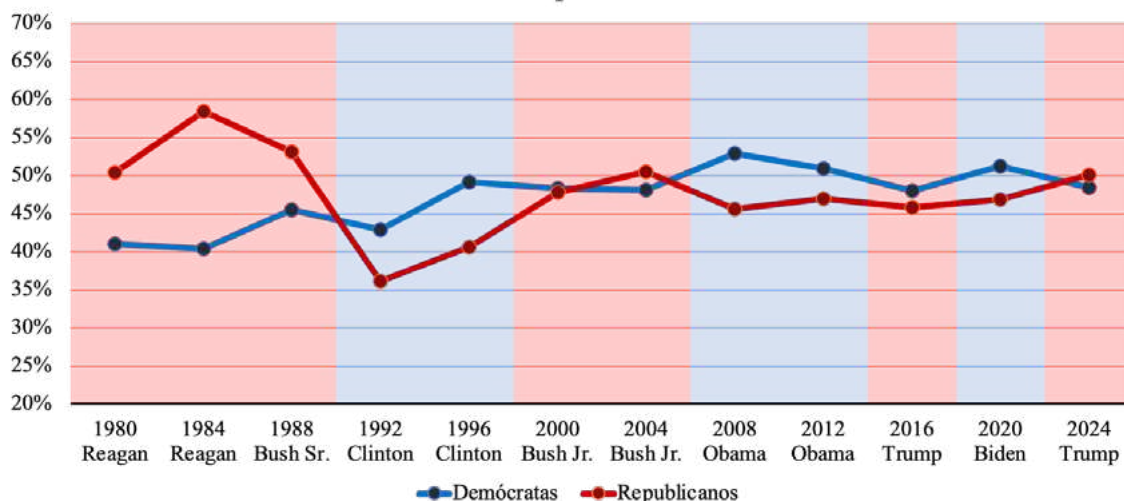
Tendencia histórica del voto popular

Un primer dato que resalta es que esta ha sido una de las elecciones más reñidas en los últimos 45 años. Como se observa en la gráfica 1, podemos identificar tres ciclos. Por un lado, en los 80s, se da un amplio predominio de los republicanos, al alero del liderazgo de Ronald Reagan. En esos años, lograron triunfos por más de 10 y hasta de 17 puntos porcentuales por sobre la votación de los demócratas. En segundo lugar, en los 90s, esta situación se invierte, y son los demócratas, impulsados por el liderazgo de Bill Clinton, quienes obtienen un amplio predominio cercano a los 9 puntos porcentuales por sobre el voto de los republicanos.

A partir del año 2000 la diferencia en el voto popular se estrecha sustancialmente. Con excepción de la primera elección de Barak Obama, en donde la diferencia a su favor superó los 7 puntos porcentuales, en las demás elecciones, se dan tres constantes. El triunfo persistente de los demócratas en el voto popular; elecciones altamente cerradas, en donde la diferencia no supera los 4 puntos porcentuales; la votación se vuelve aún más cerrada cuando el triunfo es de los republicanos que cuando ganan los demócratas.

El resultado actual se inscribe en este ciclo de procesos electorales muy reñidos. En este año, los republicanos superaron por tan sólo 2.58 millones de votos a los demócratas, lo que representa sólo el 1.65% del total de la votación válida. Esto la convierte en la votación más cerrada, después de la primera elección de George Bush hijo, en el 2000. Por el contrario, los triunfos de Obama y Biden fueron, en promedio, por sobre 7 millones de votos, y por más de 4 puntos porcentuales cada vez.

Gráfico 1.
Estados Unidos, 1980-2024. Voto popular por principales partidos en elecciones presidenciales



Fuentes: States Elections Offices, Federal Elections 1980 a 2020; y CNN, noviembre 19, 2024. Election 2024: Presidential results.

Cuánto ganó, cuánto perdí: la aritmética electoral

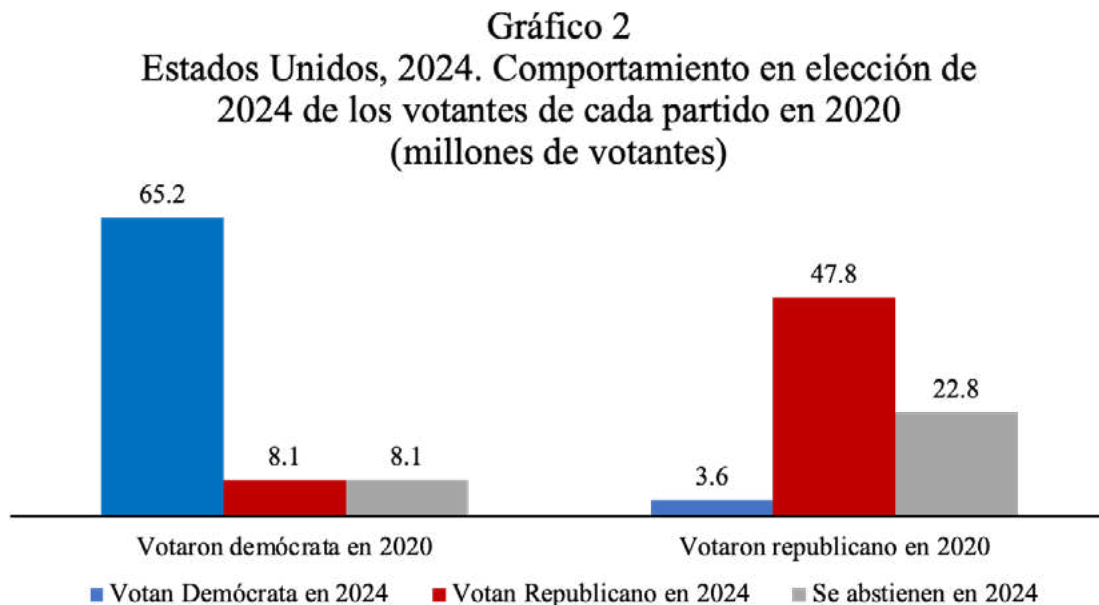
A partir de los volúmenes absolutos de votos podemos analizar la tendencia a corto plazo y así determinar las eventuales pérdidas y ganancias de cada partido en esta última elección. Para ello, compararemos el volumen de votos de la elección actual con el de la elección del 2020. Esta comparación arroja que mientras los Republicanos aumentaron su votación en 3.8 millones de votos, los demócratas la redujeron en 5.8 millones. Visto así, pareciera una diferencia muy significativa.

Sin embargo, en ambos casos se trata de un saldo neto, el cual oculta los componentes y los procesos que llevaron a esa pérdida o ganancia. El voto es un resultado que se compone de distintos procesos, los cuales deben estimarse para tener una comprensión más cabal del resultado final. Para poder entender qué ha pasado con el voto demócrata y republicano, es necesario reproducir la dinámica particular de sus componentes en el tiempo. Para ello, debemos hacer un análisis longitudinal de los datos que nos

permita estimar cómo se comportó en 2024 el electorado que en 2020 votó por uno u otro partido. Las opciones son básicamente tres: los electores que votaron por Joe Biden en 2020, pudieron haber: i) votado por Kamala Harris en 2024, serían el “voto duro” demócrata; ii) haber votado por Donald Trump en 2024, sería un voto swing, pendular; o iii) haberse abstenido en 2024, con lo cual establece otro modo de comportamiento pendular. Lo mismo puede decirse para los votantes por Donald Trump en 2020.

Para hacer estas estimaciones, combinamos información que proviene de algunas encuestas de salida (*pool exit*) con datos de los resultados electorales del 2020 y 2024.

Nuestras estimaciones indicarían una situación muy diferente a la que se ha difundido ampliamente. Por de pronto, todo indica que no hubo un trasvase de votos desde los demócratas hacia los republicanos, o que si este existió, fue realmente marginal en el resultado final. Para demostrar esta tesis, hemos estimado los distintos comportamientos para cada partido que ya hemos señalado. Los datos los presentamos en la siguiente gráfica.



Fuentes: Cálculos del autor, con base en: States Elections Offices, Federal Elections 2020; CNN, noviembre 19, 2024. Election 2024; Presidential results; y Carpio, noviembre 07, 2024.

En el caso de los demócratas se observa que hay una alta fidelidad en sus votantes. De los 81.3 millones de personas que votaron por Biden en 2020, el 80% (65.2 millones) volvió a votar por Harris en 2024. Sólo 10% (8.1 millones) cambiaron su preferencia y votaron por Trump en 2024, y similar proporción se abstuvieron en esta elección.

Por el contrario, entre los republicanos se presenta una mayor volatilidad del voto. De los 74.2 millones de personas que en 2020 votaron por Donald Trump, menos de 48 millones volvieron a hacerlo en el 2024, es decir, el mismo candidato sólo pudo retener al 64% de sus electores, perdiendo en solo 4 años, más de un tercio de su propia votación. De estos últimos, destaca el hecho que casi 30 millones (30%) se abstuviera en esta elección.

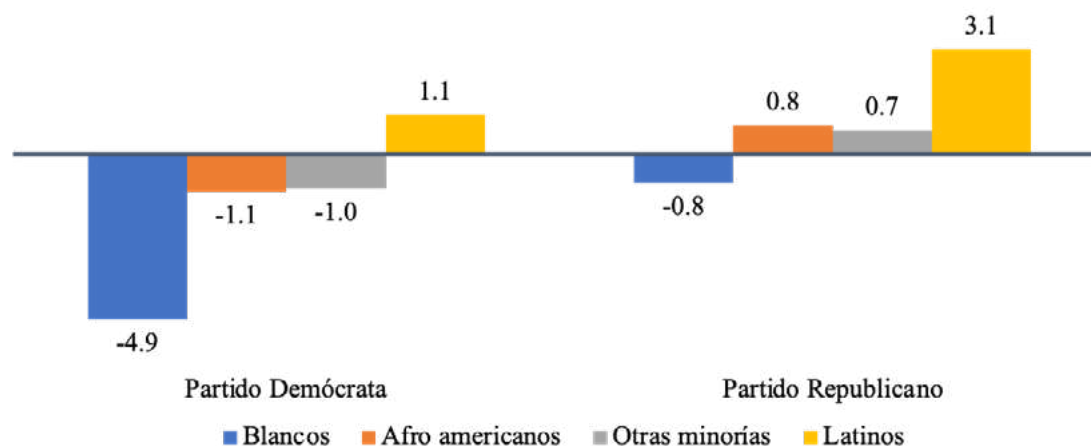
En este sentido, un aspecto importante del triunfo de Donald Trump hay que rastrearlo en su capacidad de atraer a nuevos votantes. Y aquí el asunto es claro. Entre los nuevos votantes, Donald Trump superó a Kamala Harris en una relación de 3 a 2, esto es, que por cada 2 nuevos votantes que atraía Kamala Harris, otros 3 nuevos votantes se inclinaron por Donald Trump. Sin embargo, los nuevos votantes sólo representaron el 20% del total de la votación en 2024. Por ello, la raíz de la derrota de los demócratas hay que rastrearla más bien, en la composición de sus votantes perdidos. Esto es lo que analizamos a continuación.

La demografía electoral

i) Voto y raza

Una hipótesis que queremos discutir es si, efectivamente, el triunfo de Trump se puede explicar por el voto de las minorías étnico-demográficas. Para refutar esta tesis hemos estimado la variación del voto según origen étnico, que experimentó cada partido entre el 2020 y el 2024.

Gráfico 3
Estados Unidos, 2020-2024. Variación en el volumen de votos,
según partido político y origen étnico-demográfico de los
votantes (millones de personas)



Fuentes: Cálculos del autor, con base en: States Elections Offices, Federal Elections 2020; CNN, noviembre 19, 2024. Election 2024, Presidential results; y Carpio, noviembre 07, 2024.

Los datos indican que el triunfo de los republicanos no se explica tanto por el voto que ganaron, como por la pérdida de votos de los demócratas. En el primer caso, vemos que, efectivamente, Trump aumentó su votación en todas las minorías étnicas, y la reduce en la mayoría blanca. Con excepción del voto latino se trata, sin embargo, de cambios relativamente pequeños, menos de 1 millón de votos en cada categoría. Sólo en el caso del voto latino, se da un aumento relativamente mayor, de prácticamente 3 millones de votos.

En el Partido Demócrata la situación es heterogénea. En este caso, el voto latino también aumenta, aunque en menor volumen que en los republicanos. En todo caso, es una tendencia que contrasta con la pérdida neta del voto experimentada entre los demás grupos étnicos los que, en conjunto, suman casi 7 millones de votos perdidos. Al respecto, el dato más relevante es la pérdida de más de 5 millones de votantes blancos, los que representan casi el 70% del total de los votos perdidos. Esta pérdida de votos de la población blanca es de tal magnitud, que incluso supera en

un 30% el aumento neto de la votación total de Trump. Es decir, por sí sola, esta pérdida es más que suficiente para explicar estadísticamente, el triunfo de Donald Trump.

De esta forma, si hubiera que rastrear el origen étnico de la derrota de los demócratas en esta elección, todo apunta a que ésta no radica en las minorías étnicas, sino en la gran pérdida de votos de la mayoría blanca no latina. Asimismo, y contrario a lo que se señala en diversos medios, el voto latino habría contribuido a paliar en parte esta sustancial pérdida de votos del partido demócrata.

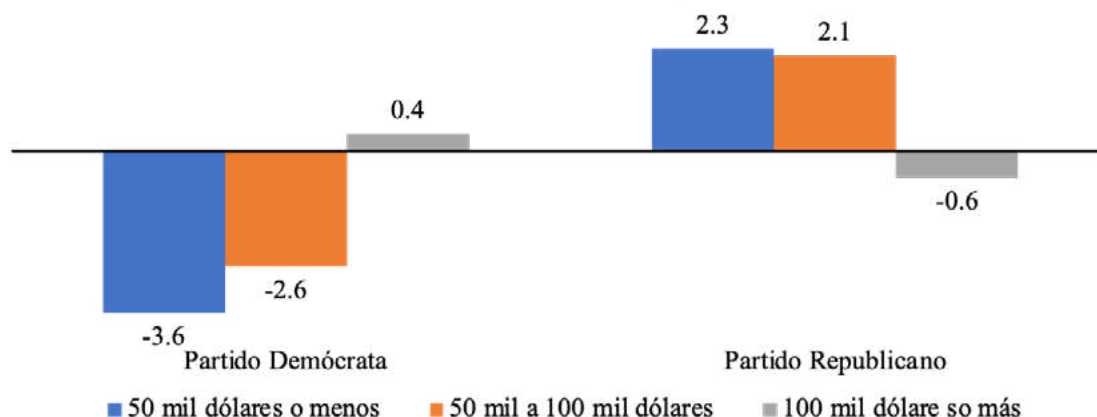
ii) Voto y clase social

Un aspecto muy presente en los análisis postelectorales, es que la derrota demócrata se explica en gran medida por la pérdida de votos en las clases medias y populares, lo que contrasta con el perfil social que tradicionalmente se le atribuye al voto demócrata.

En efecto, como se observa en la siguiente gráfica, los demócratas perdieron más de 3.6 millones de votos de los estratos de menos ingresos, cifra que representa una pérdida del 5% de la votación que habían obtenido en ese estrato social en el 2020. Asimismo, en el estrato medio, la pérdida fue de otros 2.5 millones de votos, que representan el 10% del voto obtenido en 2020 en ese estrato. Por el contrario, en el estrato de altos ingresos, sí logran retener e incrementar ligeramente su votación.

Resulta sintomático que en el caso de Donald Trump sucede exactamente lo contrario. Un aumento del voto en clases medias y populares, y una reducción en las clases altas.

Gráfico 4
Estados Unidos, 2020-2024. Variación en el volumen de votos,
según partido político y estrato de ingresos familiares anuales de
los votantes (millones de personas)



Fuentes: Cálculos del autor, con base en: States Elections Offices, Federal Elections 2020; CNN, noviembre 19, 2024. Election 2024; Presidential results; y Carpio, noviembre 07, 2024.

Síntesis y reflexión final

Con base en este análisis de los datos de la elección presidencial, podemos señalar al menos 5 dinámicas que explican estadística y demográficamente, la derrota de los demócratas.

- i) La derrota no se explica tanto por el aumento de la votación de Trump, como por la pérdida de votantes demócratas.
- ii) Los demócratas no fueron capaces de convocar al nuevo votante, especialmente aquel de origen latino.
- iii) No fueron capaces de retener el voto afroamericano, que ha sido tradicionalmente, un pilar del voto demócrata.
- iv) El Partido Demócrata experimentó una pérdida no esperada del voto de la población blanca, especialmente en sectores populares.
- v) Una desconexión del partido demócrata con el voto de clases populares y estratos medios de la población.

En síntesis, nuestro análisis refuerza la tesis de Bernie Sanders cuando afirma que la derrota de los demócratas se explica por la desvinculación de este partido con los intereses populares y de clases medias que, como hemos demostrado en otros textos (Canales, 2021), cada vez más se corresponde con estratos formados por minorías étnicas (latinos y afroamericanos, principalmente).

Por último, un asunto no menor es el diferente carácter del votante republicano y demócrata. Mientras los demócratas parecen tener una base electoral más fiel y leal, los republicanos, bajo el liderazgo de Trump, se enfrentan a una alta volatilidad en su electorado, lo cual plantea un riesgo muy alto para futuras elecciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benavides, Sofía. (noviembre 07, 2024). "Voto latino: cuánto peso tuvo realmente en la victoria de Donald Trump". *CNN en español*. <https://cnnespanol.cnn.com/2024/11/07/analisis-voto-latino-cuanto-peso-victoria-trump-orix>
- Canales, Alejandro (2021). *El Malestar con las migraciones*. Barcelona, Anthropos.
- Carpio, José A. (noviembre 11, 2024). "Quién ha votado a Trump". *RTVE.Es Noticias*. <https://www.rtve.es/noticias/20241107/quien-votado-a-trump-se-dis...o-entre-hombres-jovenes-latinos-no-universitarios/16316995.shtml>
- Redacción Clarín. (noviembre 07, 2024). "Lapidarias críticas de Bernie Sanders al Partido Demócrata tras la victoria de Trump en las elecciones de Estados Unidos". *Clarín*. https://www.clarin.com/mundo/lapidarias-criticas-bernie-sande...buRCQoiXUE-Dd6CBzvYO-myaXHlF5zaA-DXTVSw-z903PG#google_vignette
- Herrerías, Almudena Á. (noviembre 08, 2024). "El gran giro de los latinos hacia Trump". *El País*. <https://elpais.com/us/2024-11-08/el-gran-giro-de-los-latinos-hacia-trump-del-auge-en-los-estados-clave-al-crecimiento-entre-hombres-jovenes.html>
- Rico, José. (noviembre 8, 2024). "Resultados de las elecciones en Estados Unidos 2024". *El Periódico*. <https://www.elperiodico.com/es/internacional/20241108/resultados-elecciones-estados-unidos-eeuu-2024-111376357>



Política exterior y geopolítica en la nueva administración Trump

Arantxa Tirado*

El regreso de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos de América (EE.UU.) va a tener un impacto innegable en la proyección del poder estadounidense en el mundo. A los debates, nada nuevos, sobre el supuesto fin del orden liberal que implicaría su reelección, tanto en el ámbito internacional como doméstico, se une la elección de miembros de su próximo Gabinete, así como de funcionarios de distintos organismos, que apunta a una voluntad de profundizar en las transformaciones enunciadas, pero no siempre llevadas a la práctica, en su anterior administración.

Trump se está rodeando de fieles para minimizar las reticencias internas a sus políticas y eventuales encontronazos futuros con su equipo, como sucedió en su anterior paso por la Casa Blanca, caracterizado por los choques constantes con sectores del “gobierno permanente” del Departamento de Estado y el Pentágono, pero también con funcionarios de su elección, lo que propició la rotación de altos cargos cercanos. Sin embargo, su experiencia gubernamental y la elección de perfiles pertenecientes al *establishment* económico, o político, hacen prever la continuidad de ciertas estrategias.

* Profesora asociada de la *Universitat Autònoma de Barcelona* (UAB). Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos. Su último libro es *El lawfare. Golpes de Estado en nombre de la ley* (Ed. Akal, 2021).

Pese a los elementos de ruptura siempre presentes en los discursos de Trump, la continuidad estratégica es un rasgo propio de la política exterior estadounidense que se ha dado, a pesar de la alternancia entre demócratas y republicanos en la presidencia. La tradicional división entre aislacionismo e intervencionismo -expresado éste en ocasiones bajo el eufemismo del concepto internacionalismo- que ha separado a demócratas y republicanos e, incluso, a los propios republicanos, es una cuestión que atañe a la táctica, no a la estrategia.

El objetivo estratégico compartido es mantener la hegemonía de Estados Unidos en el sistema internacional de Posguerra Fría lo que se traduce, en este preciso momento histórico, en neutralizar a su competidor estratégico, la República Popular de China e impedir la consolidación de bloques geopolíticos contrahegemónicos, como pudieran ser los BRICS, a escala global, o la CELAC en América Latina y el Caribe. Lo que cambia, como sabemos por las respectivas experiencias gubernamentales, son las tácticas elegidas para lograrlo, que van acompañadas de distintos enfoques teóricos, de diversos grados de interés que se establecen sobre determinadas áreas geoestratégicas, de los conceptos utilizados para definir el ejercicio del liderazgo de cada administración o del nivel de compromiso, es decir, del despliegue de fuerzas y financiamiento, que se dedica finalmente a ejercerlo en el área indicada.

Por tanto, no existe entre republicanos y demócratas un debate sustancial sobre cuál debe ser la posición geopolítica de EE.UU. en el mundo sino sobre su manera de afianzarla. Los distintos enfoques revelan diferencias que no cambian el lugar central que debe seguir ocupando EE.UU. en el sistema internacional del presente y del futuro, aunque su elección sí tenga un impacto en la hegemonía estadounidense y, por extensión, en el conjunto del sistema internacional.

Durante la campaña, Kamala Harris y Donald Trump han mostrado sus desacuerdos en cuanto a cómo acometer mejor la proyección del poder de EE.UU. en el mundo. Del lado de Harris, apostar más por el

multilateralismo, como continuidad de lo realizado, sobre todo enunciativamente, por la administración Biden. Por la parte de Donald Trump, el énfasis estuvo puesto en destacar el impacto económico que el financiamiento de la guerra en Ucrania ha provocado en la economía estadounidense, presentándose como el artífice de una futura resolución del conflicto.

Como la anterior, la próxima presidencia de Donald Trump no va a cuestionar el papel hegemónico de EE.UU. en el mundo. Difícilmente puede hacerlo alguien cuyo lema es *America First*. No obstante, sí deberá alinear sus tácticas, y una propuesta de política exterior que ha sido tildada de “populista”, con las distintas sensibilidades republicanas que existen en el Congreso (Seib, 2024). Seguramente, el hecho de tener mayoría en ambas cámaras, y su indiscutible victoria que incluye el voto popular, refuerzan las posibilidades de que se imponga la visión trumpista frente a otras corrientes republicanas. Se trata de una política exterior que, a decir de autores como Joseph Nye, no es aislacionista, pero evita el activismo, conectando con el enfoque de “ciudad en la colina” de larga tradición en la política exterior estadounidense (Nye, 2024).

Si la doctrina internacional de Joe Biden apostaba por una diplomacia respaldada por la fuerza en su proyección internacional, buscando el acuerdo con los socios tradicionales, especialmente la Unión Europea (UE), bajo el lema de *America is back*, es de esperar que Donald Trump vaya a hacer un repliegue de la presencia de EE.UU. en las instituciones multilaterales, regresando al unilateralismo que le caracteriza, desde una lógica de recorte de aquellos gastos que considere susceptibles de ser externalizados y asumidos por otros actores, como puede ser el regreso al mayor financiamiento de la OTAN de parte de los países europeos, idea ya lanzada en su anterior mandato. Este enfoque también afectará a su aproximación a las guerras en curso, o a posibles guerras futuras, que seguramente seguirán la lógica de creciente privatización y delegación de las acciones bélicas que viene asentándose en las últimas décadas.

Un segundo mandato en un nuevo momento

No obstante, sería conveniente no proyectar automáticamente el Gobierno anterior de Trump con las inevitables elucubraciones prospectivas sobre su futura administración. No sólo el Donald Trump que tomará posesión el 20 de enero de 2025 es distinto al que asumió la presidencia hace nueve años, sino que sus fuerzas y el momento político también lo son. La bisonñez de entonces, su desconocimiento de las lógicas gubernamentales y los choques con el *Deep State* podrán ser amortiguados en los próximos años por una mayor experiencia de los mecanismos del poder federal y por el control de los distintos poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) merced a su incuestionable victoria. Además, si Trump asume los postulados del Proyecto 2025 diseñado por el *think tank* *The Heritage Foundation*, se espera una purga en la administración pública que serviría no sólo para depurar personal incómodo en aras de la “eficiencia” económica sino para sustituirlo por perfiles afines que le garanticen la más absoluta lealtad, igual que está haciendo en el diseño de su futuro Gobierno.

Asimismo, la presente coyuntura geopolítica es, sin duda, muy distinta a la que se encontró Trump en 2016 y, un dato no menor, la elección para el cargo de secretario de Estado a Marco Rubio manda un claro mensaje al mundo, sobre todo a América Latina y el Caribe, pero también a Irán, de la manera agresiva en que Trump pretende acometer sus relaciones internacionales. De aprobarse por el Senado, este nombramiento, de alto contenido ideológico, se traducirá, con toda probabilidad, en acciones políticas de gran impacto. Rubio, un senador republicano perteneciente al conocido como *lobby* anticastrista, es un anticomunista acérrimo. Su origen cubano le ha llevado a ser un activo militante de la causa de los opositores cubanos, y también venezolanos, en el Senado. De hecho, en los últimos años ha presentado o copatrocinado algunas de las principales leyes de agresión a la Revolución Bolivariana, como la *Venezuela Defense of Human Rights and Civil Society* de 2014 y sus ampliaciones y extensiones en 2016 y 2023 o la VERDAD Act de 2019. La lógica imperante

es que si cae Venezuela, lo hará Cuba también y eso sería un gran logro simbólico en la mentalidad de Guerra Fría que impera entre Rubio y buena parte del próximo Gabinete de Trump.

En un artículo escrito para *Foreign Affairs* en su cualidad de candidato a las primarias republicanas en 2016, Marco Rubio declaraba “La fuerza física y una política exterior activa que la respalde son medios para preservar la paz, no para promover conflictos” y propugnaba que no había que elegir entre aislacionismo e intervencionismo puesto que “La implicación exterior nunca ha sido una elección binaria entre la guerra perpetua y la indiferencia pasiva” ya que “El presidente dispone de muchas herramientas para promover los intereses de Estados Unidos y, si se utilizan de forma equilibrada, es menos probable que sea necesario recurrir a la fuerza y, por tanto, salvarán vidas en lugar de costarlas” (Rubio, 2016). Sin embargo, a lo largo de estos años Rubio se ha destacado por defender posturas nada equilibradas en sus pronunciamientos respecto a los gobiernos de América Latina y el Caribe, especialmente sobre Cuba y Venezuela, usando sus redes sociales para defender incluso el magnicidio en tuits que, posteriormente, ha borrado.

El nombramiento de Rubio, por tanto, augura una mayor ofensiva hacia América Latina y el Caribe en este segundo mandato y, en el caso concreto de Venezuela, un regreso a la política de “presión máxima” que Trump ejerció, no sin disputas internas y giros erráticos incluidos, hacia Venezuela para propiciar un cambio de régimen en el país suramericano. Una elección que se vuelve especialmente sensible en el presente contexto de asunción de un nuevo mandato de Nicolás Maduro en enero de 2025, fuertemente cuestionado por la oposición venezolana, respaldada por EE.UU., país que nuevamente desconoce la institucionalidad del país al declarar a Edmundo González como “presidente electo” en noviembre pasado, cuatro meses después de la celebración de los comicios.

¿El fin del orden liberal basado en normas?

Por último, las alarmas que apuntan a que con Trump se acaba el fin del orden liberal tal y como lo conocemos, por las posibles alianzas que pudiera hacer Donald Trump con algunos actores “iliberales” extrarregionales, como la Rusia de Vladimir Putin, ignoran a propósito que son precisamente las democracias liberales las que se encuentran en crisis producto de sus propias contradicciones. Entre ellas, está la de irrespetar ese orden liberal basado en normas que, como se ha visto en el discurrir paralelo de la guerra en Ucrania y el genocidio de Israel en Gaza, ha provocado actuaciones contrapuestas, y con una doble vara de medir, por parte de un Occidente liberal que ha respetado la legalidad internacional sólo cuando ha sido funcional a sus intereses. Pero el problema, no obstante, viene de antes, de la creencia, por parte del conjunto del *establishment* estadounidense, de estar ejerciendo un impacto positivo en otros países con sus acciones internacionales (Boniface, 2019), esto es, de desplegar un liderazgo unilateral sobre el que es incapaz de realizar ninguna autocrítica.

En definitiva, el fin de la hegemonía liberal que tiene a EE.UU. como poder hegemónico global será, en todo caso, producto de estas decisiones de los países occidentales que han provocado un descrédito que crece cada día en buena parte del Sur Global, de la crisis multiforme en la que se encuentra el país que ejerce el liderazgo y del conjunto de contradicciones que lo han llevado, desde hace décadas, a un declive hegemónico, todavía relativo. No es descartable que la nueva administración de Donald Trump pueda ejercer de acelerador de una decadencia sin frenos pues su reelección es síntoma de la agudización de la enfermedad endógena en la que se encuentra el capitalismo estadounidense en esta fase histórica en la que el imperialismo adopta nuevos ropajes para perpetuar y profundizar una dominación cada vez más desafiada en el sistema internacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Boniface, Pascal (2019). "Donald Trump, syndic de faillite de l'hégémonie libérale?", *Éclariages*, París: Institut de Relations Internationales et Stratégiques, 19-30.

Nye, Joseph S. Jr. (2024). "Anticipating Trump's Foreign Policy", *Project Syndicate*, 4 de diciembre <https://www.project-syndicate.org/commentary/trump-foreign-policy-what-to-expect-from-campaign-promises-appointments-by-joseph-s-nye-2024-12>

Rubio, Marco (2015). "Restoring America's Strength. My Vision for U.S. Foreign Policy" *Foreign Affairs*, Vol. 94, n. 5, septiembre-octubre, 108-115.

Seib, Gerald F. (2024). "Can Republicans Find Consensus on Foreign Policy?", *Foreign Affairs*, 9 de enero <https://www.foreignaffairs.com/united-states/can-republicans-find-consensus-foreign-policy>





Trump, Rubio, Milei y la vuelta de la Doctrina Monroe contra Nuestra América

Leandro Morgenfeld*

Donald Trump tendrá mucho más poder que en su anterior mandato. El 5 de noviembre ganó el voto popular (primera vez que lo logran los republicanos en 20 años) y el colegio electoral (se impuso en los 7 estados oscilantes que definían la elección). Los republicanos conservan su actual mayoría en la Cámara de Representantes y le arrebataron a los demócratas el control de la de senadores. Trump gobernará entonces con el apoyo total del Congreso, y con un partido que ahora le responde casi sin fisuras. Cooptó a varios de los históricos republicanos que lo resistían y se deshizo de otros, incluso de algunos que apoyaron explícitamente a Kamala Harris (clan Bush, clan Cheney, John Kelly). Muchos *neocon* y ex funcionarios suyos quedaron políticamente neutralizados. Además, va a contar con el apoyo de una Corte Suprema ultraconservadora, que sostiene una mayoría de 6 a 3, gracias a los jueces anti aborto que nominó en su primera presidencia. Se le despeja el frente judicial (es el primer presidente condenado por una demanda penal, y enfrenta todavía varias más) y a esta altura nadie parece escandalizarse ante la perspectiva de que se auto indulte cuando llegue a la Casa Blanca.

* Profesor Regular UBA. Investigador Independiente CONICET. Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Estudios sobre Estados Unidos. Su último libro es *Nuestra América frente a la doctrina Monroe: 200 años de disputa* (CLACSO-Batalla de ideas, 2023).

¿Cómo será la segunda presidencia de Trump?

Aunque todavía es muy pronto para saberlo, lo que es seguro es que este cambio político en Estados Unidos, además de ser una manifestación de tendencias que venimos analizando (ver nuestro libro *El legado de Trump en un mundo en crisis*), va a acelerar el proceso de transición geopolítica actual. Difícilmente con Trump Estados Unidos pueda liderar el mundo como hasta ahora. Se va a resentir el vínculo con la Unión Europea (esperaban el triunfo de Harris) y el apoyo a Zelensky, vía la OTAN, en su lucha contra Rusia (veremos si en esta presidencia se concreta la aproximación Trump-Putin que no pudo darse en la primera); se va a reforzar la alianza con el gobierno israelí de Benjamín Netanyahu, quien tendrá quizás un respaldo para confrontar más abiertamente contra Irán; volverán las tensiones comerciales con China, que caracterizaron la guerra económica lanzada en 2018. Seguramente vuelva la política de ataque a las instituciones multilaterales, que Trump denosta, y también a algunas de las agendas que se promueven en los ámbitos multilaterales: desde las de igualdad de género hasta las tenues iniciativas para morigerar el cambio climático, que Trump niega. La ONU perderá todavía más peso y el G20 también.

El repliegue relativo de Estados Unidos obedece a la estrategia de la fracción americanista-nacionalista de la clase dominante, que sostiene que ese país debe regresar a algunas de las antiguas posiciones neoaislacionistas y recostarse en su *patio trasero*, como denominan despectivamente al Hemisferio Occidental, o sea a América Latina y el Caribe. Veremos, entonces, una reivindicación de la bicentenaria *Doctrina Monroe* y una remilitarización de la política interamericana, con mayor hostilidad contra Cuba y más sanciones económicas para aplastar la reciente recuperación económica de Venezuela. Habrá todavía más poder para el Comando Sur (incluso Laura Richardson suena como candidata a subsecretaria de Asuntos Hemisféricos), que viene desplegando una acción cada vez más injerencista durante la actual administración demócrata, y se negociará con actores extra-hemisféricos para frenar su avance económico

en la región. O sea, propondrá el establecimiento de áreas de influencia. Trump va a privilegiar el vínculo con los gobiernos ultraderechistas, como el de Javier Milei, exultante con su triunfo, y Nayib Bukele, e impulsar a figuras como Jair Bolsonaro y José Antonio Kast, para intentar debilitar a los gobiernos progresistas, nacional-populares o de izquierda. La anacrónica retórica anti-comunista y anti-estatal cuadra perfecto con la posición neocolonial de los Milei y los Bukele.

Marco Rubio y la vuelta de la Doctrina Monroe

Una semana después de las elecciones se confirmó la nominación de Marco Rubio como secretario de Estado. El senador cubanoamericano de Florida es un acérrimo enemigo de la Revolución Cubana, de los países del eje bolivariano y de todos los gobiernos nacional-populares, progresistas y de izquierda. Además, reivindica explícitamente la *Doctrina Monroe*, al punto tal que el año pasado, cuando se cumplieron 200 años de su enunciación, presentó en la Cámara de senadores un proyecto para retomarla.

Hace dos años, el actual presidente Biden cedió a las presiones de Marco Rubio, junto con el senador demócrata Bob Menéndez y al entonces presidente del BID, el trumpista Mauricio Claver-Carone, y resolvió que solo invitaría a la Cumbre de las Américas (Los Ángeles, junio 2022) a los líderes “elegidos democráticamente”, excluyendo a los mandatarios de Cuba (había vuelto a las Cumbres de las Américas en 2015), Venezuela (había sido excluida en la de Lima) y Nicaragua. Logró así que la actual administración demócrata mantuviera la política de Trump de asediar a la llamada “troika del mal”. Esta línea va a profundizarse.

En abril de este año, Rubio, quien dos meses antes había estado en la Casa Rosada con el argentino Javier Milei, planteó que era necesario crear en la región una coalición de presidentes conservadores para enfrentar la “ola izquierdista”. En ese club estarían los mandatarios de Argentina, El

Salvador, Paraguay, Ecuador, República Dominicana, Perú, Costa Rica y Guyana. El objetivo de la coalición, señaló, sería horadar la creciente presencia de China, Rusia e Irán.

Cuando confirmó su nombramiento, Trump declaró: “Será un líder muy respetado y una voz muy poderosa para nuestra nación, un verdadero amigo de nuestros aliados y un guerrero osado que nunca se acobardará ante nuestros adversarios”. En su declaración de aceptación de la nominación, Rubio señaló que “Bajo el liderazgo del presidente Trump, lograremos la paz a través de la fuerza y siempre pondremos los intereses de los estadounidenses y de EE.UU. por encima de todo lo demás”. Esto explicita la militarización de la política de Estados Unidos hacia la región, exhibiendo músculo militar, político y diplomático, para contrarrestar la creciente presencia económica china. En síntesis, más garrotes cuando hay menos zanahorias que ofrecer.

Rubio no sólo aumentará las presiones contra Cuba y Venezuela, sino que es un acérrimo crítico de AMLO (en 2022 lo criticó porque “entregó partes de México a los cárteles de la droga”); de Gabriel Boric, a quien acusó de connivencia con Hezbolá: “Chile se ha abstenido de designar a Hezbolá como organización terrorista ¿Creemos que están haciendo lo suficiente para reprimir las operaciones de Hezbolá en el país?”; de Gustavo Petro, a quien caracterizó como un “simpatizante terrorista que quiere ser la versión colombiana de Hugo Chávez”; y de Cristina Fernández de Kirchner, a quien calificó como una “cleptócrata convicta que robó miles de millones”.

Rubio es un halcón anti-China, que reforzará y actualizará la Doctrina Monroe, atacando a todos los gobiernos no alineados con la Casa Blanca.

Milei, funcional a la estrategia de Trump y Rubio

Milei felicitó efusivamente a Trump el 6 de noviembre, conversó con él telefónicamente unos minutos el 12 de noviembre (“Trump me dijo que

soy su presidente favorito”), y viajó a verlo personalmente a Florida el 14 de noviembre, tras lo cual participó en la cumbre conservadora CPAC.

Si analizamos su primer año en la Casa Rosada, vemos una continuidad menemista en la orientación pro estadounidense de la política exterior argentina, pero en un contexto distinto al de los años noventa y de una forma mucho más profunda y amateur que la ensayada durante el macrismo.

Por su sumisión a Estados Unidos, Milei ya provocó múltiples cortocircuitos con China, el segundo socio comercial de Argentina y un inversor y prestamista clave. Descartó los 34 aviones de guerra JF-17 que el presidente chino Xi Jinping había ofrecido a Alberto Fernández a bajo costo y con financiación; frenó la construcción de la cuarta central nuclear y de dos represas hidroeléctricas que financiaban los chinos, y que provocaron el despido de 1800 trabajadores y la posibilidad de que Pekín exija la cancelación del “swap” de 5.000 millones de dólares (aunque en junio finalmente se acordó prorrogarlo), o que reemplace la compra de soja y carne argentina por las provenientes de Brasil. Si tanto Bolsonaro como Macri, pese a su alineamiento con Estados Unidos, terminaron advirtiendo que la confrontación con China tenía limitaciones estructurales, Milei parece dispuesto a dinamitar esa fuente de divisas clave para todos los países de la región. Sin límites, involucra además a la Argentina en los conflictos armados en Ucrania y Gaza, a la vez que propone que el país pase a ser “socio global” de la OTAN.

Milei es absolutamente funcional a los objetivos estratégicos de Estados Unidos en América Latina y a la política de desmantelamiento de la coordinación política a nivel regional, por eso ataca a todos los gobiernos no alineados y desconoce organismos como la UNASUR y la CELAC, a la vez que soslaya la importancia del MERCOSUR (primer presidente argentino que se ausenta de la cumbre presidencial), y el 14 de noviembre anunció la voluntad de firmar un acuerdo de libre comercio bilateral con Estados

Unidos, poniendo en cuestión la columna vertebral del acuerdo del Cono Sur.

Estados Unidos encontró en el libertario argentino un ejecutor obediente de sus mandatos. Ataca a todas las fuerzas políticas y sociales que resisten la dominación imperial, a los gobiernos progresistas, nacional populares y de izquierda que hoy protagonizan la segunda oleada de la marea rosa -contribuyendo a la desunión regional- y, a nivel global, a los países que desafían la hegemonía estadounidense, en particular los que conforman el grupo BRICS. Todo esto en un contexto mundial muy crítico, en el que se profundiza una Guerra Mundial Híbrida y Fragmentada. Milei involucra a la Argentina en lejanos conflictos militares. Esta sobreactuación, excesivamente peligrosa, rompe la tradición histórica argentina de mantener la equidistancia y la neutralidad, la posición de que los conflictos deben resolverse de manera pacífica en el marco de los organismos internacionales y no a través del uso de la fuerza. Este inédito alineamiento nos involucra en conflictos externos, en los que Argentina no tiene capacidad militar para participar debido, entre otras cuestiones, a las enormes vulnerabilidades que tiene en materia de defensa. Nada bueno podemos esperar de eso y sí puede traer aparejadas consecuencias muy perjudiciales.

Además, lesiona nuestras posibilidades de unirnos con el resto del mundo, con otros bloques de países como el G77+China (grupo de naciones del Sur global, actualmente reúne a 135 países), en la ONU, en los organismos regionales, en el grupo BRICS, que nos permitirían tener mejores condiciones para avanzar en el reclamo soberano sobre Malvinas, por ejemplo. Justamente, el Reino Unido es el segundo socio en importancia de la OTAN, después de Estados Unidos, y tiene una base militar en nuestras islas del Atlántico Sur ocupadas. Sus escandalosas últimas votaciones en la ONU y su posición crítica frente a Lula en el G20 ratifican esta orientación trumpista de demolición del multilateralismo.

Nuestra América ante la vuelta de Trump

Atravesamos una época crucial para el destino de la humanidad, que padece crecientes asimetrías económicas y sociales. Algo similar ocurre con el planeta Tierra, que enfrenta un dramático proceso de aceleración del cambio climático, producto de la lógica depredadora y competitiva del sistema capitalista. Al mismo tiempo, desde principios del siglo XXI se resquebraja el orden impuesto por Estados Unidos y sus aliados en la posguerra fría. Se aceleran mutaciones geopolíticas de enorme magnitud. En este presente de feroz disputa a nivel global, es crucial analizar la historia y actualidad de la relación entre Estados Unidos y Nuestra América, que desde hace dos siglos los gobiernos de esa potencia consideran como su esfera de influencia natural.

En medio del desorden global y de la tendencia hacia la configuración de un mundo más multipolar, las políticas de Trump y Rubio van a profundizar el relativo declive estadounidense y las tensiones globales. Nuestra América tiene condiciones, más allá de esta coyuntura política crítica, de las limitaciones estructurales y la dependencia a las que fue y es sometida por los centros imperiales, para avanzar con una estrategia de inserción internacional más autónoma. Ello implica, por cierto, dejar atrás el histórico sometimiento que Estados Unidos fue imponiendo desde que planteó la doctrina bicentenaria. Y supone reconocer, contra lo que dice el discurso de los medios globalistas liberales, la centralidad que tiene Nuestra América para Estados Unidos. Deberá enfrentar ahora, también, a los gobiernos y fuerzas ultraderechistas, como los de Milei y Bukele, que intentan destruir cualquier proyecto que reivindique la Patria Grande.

Hoy, más que nunca, es hora de rechazar explícitamente la anacrónica Doctrina Monroe y la pretensión de que nuestro destino es ser el patio trasero de Estados Unidos, la retaguardia para su proyección imperial global. La Doctrina Monroe no solo es desafiada por la emergencia de un mundo más multipolar (China, Rusia, India y otros actores tienen un peso cada vez mayor en la región), sino fundamentalmente por la resistencia

de los pueblos latinoamericanos a aceptar mansamente esa dominación imperial. Es hora de avanzar conjuntamente con los países de Nuestra América, plantear una estrategia regional de inserción internacional que diversifique las relaciones económicas y políticas, impulsar el multilateralismo multipolar y desplegar proyectos que permitan la reducción de las asimetrías sociales y nacionales. Es necesario potenciar, más allá de la lógica capitalista, un desarrollo económico que privilegie los intereses populares y la preservación de los bienes comunes de la tierra, cada vez más expoliados en función de las necesidades de las potencias extra regionales.



Boletín del Grupo de Trabajo
Estudios sobre Estados Unidos

Número 12 · Diciembre 2024